





Los ambulantes que por más de años han cargado su cámara.



El procedimiento fotográfico ambulante medias. Todo ha sido una negativa total.



El incansable fotógrafo ambulante nunca laureado, jamás entrevistado, menos aún consagrado, con esos manos bien aptas en la oscuridad de su laboratorio modesto.



Ni Casasola, ni Díaz, ni Jiménez, son más gentiles para fotografiar que ellos.



La cámara ambulante hace el milagro de ser fuente de vida de muchas familias.



Un laboratorio completo, con la cubeta que se han de lavar las fotos...



Más de trescientos minuterios hay en la ciudad; pasan de mil en los estados.



La negativa se ha fijado, se la sujeta a las sustancias químicas, se la retrata luego en papel definitivo que sufre las mismas operaciones y va a la cubeta.

bras alargadas. Mediodía, desde lo al-  
del triple, la Contax de Elvira Vargas  
ra una bellísima perspectiva.

laron por chiste, el deportista que rema o  
monta a caballo, el rancharo de magna sim-  
plicidad que se mostrará a los suyos con  
orgulloso ademán sentado en la Alameda.  
Pero lo de maravilla es el fotomontaje  
de los minuterios. ¿Por qué no ha de ser  
un ángel de la guardia quien proteja al char-  
ro que se faja su 45 y monta, para pare-  
cer de verdad, un caballito de madera, en-  
tre el follaje del bosque? Pero nada igua-  
la en esa bella ingenuidad al verso escrito  
sobre un corazón, la paloma del amor lle-  
vando en el pico la carta deseada; la pareja  
que vuela en el 'honeymoon' hacia el sépti-  
mo cielo; el buque de los viajes fantasma  
nunca realiza-

dos, la trajinera enflorada en que luce el payo...

La cámara ambulante, mal colocada so-  
bre un triple, hace el pitagoro de ser la  
fuente de vida para muchas familias. Más  
de trescientos fotógrafos minuterios hay en  
la Ciudad, más de mil en los Estados. Tie-  
nen los hombres que de esto viven, cada  
uno un negocio y trabajador. Días es blan-  
co, pasan a veces en la paciente espera, de-  
jando resbalar el tiempo en la inactividad,  
pero en la feria o en el domingo, son más  
gentiles para fotografiar. El minuterio lo  
hace con palabras y ademanes que presen-  
te ligeramente la barbilla, coloca la cabe-  
za a su manera de imaginar la foto, va y  
viene con su aparato, afoca perfilándose por  
momentos entre la funda negra y se oye  
la voz: —Un momentito — dice juntando  
el índice con el pulgar, mientras "dispara".

Ya está. Después viene toda la elaboración. La ne-  
gativa se la fijado, se le sujeta a las sin-  
tancias químicas, se le retrata luego en pa-  
pel definitivo que sufre las mismas opera-  
ciones y va a la cubeta. Por fin el client-  
te recibe la foto, la consigna, y más ca-  
ras. Las hay en botón, iluminadas de prende-  
dor sobre la blusa multicolor de la novia  
del pueblo o escondidas bajo el saco del  
overol.

Breves charlas hemos tenido con estos  
amigos nuestros. Parecen ellos mismos im-  
provisados de esta manifestación de provin-  
cias. Tan humildes y atentos, nos han per-  
presuntuosa y moderna. Fije sus siluetas y  
sus manos, esas manos bien aptas en la os-  
curidad de su laboratorio sin años han car-  
Hay quienes por más de 25 años han lle-  
gado su cámara por todos los sitios prote-  
gidos para el ocio, y la seguirán llevando  
para ganarse el pan.

En la villa de Cuadalupe, Chapultepec, Xo-  
chimilco, jardines y plazas, triste o alegres,  
de ciudad o de pueblo, allí estará el foto-  
grafo ambulante. Fotos de cinco minu-  
tos! La provincia volcada en la Metrópoli.

dudosa lente de estas cámaras que más semeja  
diminuto cajón de muerto que humilde captora  
de nuestro gesto? Fotógrafos ambulantes, pro-  
vincia volcada sobre la Metrópoli. Sabor tan de  
pueblo que mereció no ser olvidado en el verso  
lopezvelardiano.

El incansable fotógrafo nunca laureado, jamás  
entrevistado, menos aún consagrado, lejos del  
arte y muy cerca de su lucha por la vida, está  
allí, en jardines y plazas, hoy, mañana, siem-  
pre. Lo vemos a diario, el brazo envuelto en la  
funda negra que pende de su cámara, mientras  
sus dedos buscan la placa, el fijador, el revela-  
dor. Todo lleva dentro de su cajón, lente y cuar-  
to oscuro, laboratorio completo con la cubeta  
en que se han de lavar las fotos para ser entre-  
gadas limpiécitas... por veinticinco o cuarenta  
centavos.

Insignificante es la ganancia, apenas les da su  
oficio para vivir. Los ferias son pródigas, abun-  
dancia en trabajo, es un desfile casi continuo de  
clientes y en sólo cinco minutos la postal, le-  
janamente parecida al 'sacrificado', se consti-  
tuye en recuerdo. Y la obra se exhibe luego a  
manera de propaganda, allí mismo, en los late-  
rales de la cámara. Y qué cosas se ven.

No falta nunca la pareja de idilio, el azorado 'ro-  
mero', la humilde familia en su día de campo,  
las chicas 'bien', que lo hicieron por chiste, el  
deportista que rema o monta a caballo, el ran-  
chero de magna simplicidad que se mostrará a  
los suyos con su orgulloso ademán sentado en  
la Alameda... y es la Alameda de México.

Villa de Guadalupe, Chapultepec, Xochimilco,  
jardines y plazas, tristes o alegres, de ciudad o  
de pueblo, ¿en qué sitio de éstos no habremos  
visto desde hace años la silueta del fotógrafo  
ambulante? Hombre y cámara, una sola ima-  
gen, prendida siempre al vestido multicolor de  
la feria, a las mañanas endomingadas, a la ver-  
bena bulliciosa, a las tardes grises de la Alame-  
da, a las riveras del lago en el bosque.

Y quién no haya sido un gustador de lo ingenuo  
popular, no habrá 'posado' alguna vez ante la

Pero lo de maravilla es el fotomontaje de los mi-  
nuterios. ¿Por qué no ha de ser un ángel de la  
guardia quien proteja al charro que se faja su  
45 y monta, para parecer de verdad, un caballi-  
to de madera, entre el follaje del bosque? Pero  
nada iguala en esa bella ingenuidad al verso es-  
crito sobre un corazón, la paloma del amor lle-  
vando en el pico la carta deseada; la pareja que  
vuela en el 'honeymoon' hacia el séptimo cielo;  
el buque de los viajes fantasmas nunca realiza-  
dos, la trajinera enflorada en que luce el payo...



la cámara ambulante, mal colocada sobre un tripié, hace el milagro de ser la fuente de vida para muchas familias. Más de trescientos fotógrafos minutereros hay en la ciudad, más de mil en los estados. Tienen los hombres que de esto viven, una Unión y un Sindicato, pero ellos son, cada uno, empresario y trabajador. Días en blanco pasan a veces en la paciente espera, dejando resbalar el tiempo en la inactividad, pero en la feria o en el domingo se pelea la recompensa.

Ni Casasola, ni Díaz, ni Jiménez, son más gentiles para fotografiar. El minuterero lo hace con las palabras y ademanes que pretenden ganarse la simpatía por anticipado. Coge ligeramente la barbilla, coloca la cabeza a su ma-

nera de imaginar la foto, va y viene con su aparato, afoca perdiéndose por momentos entre la funda negra y se oye la voz: -'Un momentito'-, dice juntando el índice con el pulgar, mientras 'dispara'. Ya está.

Después viene toda la elaboración. La negativa se ha fijado, se le sujeta a las sustancias químicas, se le retrata luego en papel definitivo que sufre las mismas operaciones y va a la cubeta. Por fin el cliente recibe la foto, la contempla, se gusta.

Las hay en botón, iluminadas y más caras. Las de botón se llevarán de prendedor sobre la blusa multicolor de la novia del pueblo o escondidas bajo el saco del overol.

Breves charlas hemos tenido con estos amigos nuestros. Parecen ellos mismos impregnados de esta manifestación de provincia. Tan humildes y atentos, nos han permitido de buen grado que nuestra cámara presuntuosa y moderna fije sus siluetas y sus manos, esas manos bien aptas en la oscuridad de su laboratorio sin pretensiones.

Hay quienes por más de 25 años han cargado su cámara por todos los sitios protegidos para el oficio, y la seguirán llevando para ganarse el pan.

...Villa de Guadalupe, Chapultepec, Xochimilco, jardines y plazas, triste o alegres, de ciudad o de pueblo, allí estará el fotógrafo ambulante. ¡Fotos de cinco minutos! La provincia volcada en la metrópoli.

**Elvira Vargas** (1906-1967). Periodista y fotógrafa, colaboró, como reportera, jefa de redacción y columnista, para diarios como *El Nacional* (1938), *El Universal* (en la década de los años cincuenta), *Novedades* (1953) y en revistas como *Hoy*, *Mañana* y *Siempre!*. Fue autora del libro *Por las rutas del Sureste* (México, editorial Cima, ca. 1939)